

2

El cuarto día de encierro nos despertamos por culpa de la alarma de incendio que empezó a sonar, miré hacia todos los lados y vi el problema, un tío había encendido un cigarrillo y fumada con tranquilidad.

- ¡Eh! Apaga esa mierda —Comentó Getxa con enfado.
- ¿Por qué? —Preguntó el chico con desgana.
- Hay gente con problemas respiratorios y lo que menos hace falta ahora es que alguien se ponga enfermo por tu culpa.
- ¡Bah!

Mis pulmones, enfadados dieron una sencilla orden a mi cerebro: acaba con él. Me levanté y fui hacia él decidido, le quité el cigarrillo y luego le agarré por las solapas de la camisa blanca de oficinista que llevaba.

- No vuelvas a encender un cigarrillo ¿me has entendido, hijo?
- S... si —dijo tragando saliva—. L... lo siento.
- Pero a él no le has hecho caso ¿Por qué?
- N... no lo sé. Lo siento.

Me acerqué a su oído como si estuviera en una película de gánsters y le susurré con mi voz más tétrica:

- Más te vale mierdecilla. Me he quedado con tu cara.

Bajé la mano hacia su bolsillo y le quité el paquete de Ducados, abrí la puerta y tiré la cajetilla al oscuro pasillo.

«Caso cerrado» pensé para mis adentros y anduve con una sonrisa pintada en la cara hacia dónde estaba antes. No, no me gusta el tabaco aunque haya fumado desde los doce a los cincuenta y tres años.

- ¿Alguien quiere jugar a las cartas?
- Claro. —Comentó Tessie.
- Porque no —Afirmó Getxa.

Jugamos hasta la media mañana.

- Jaque mate.
- Glenn, estamos jugando a las cartas. No al ajedrez. —Expuso la chica.
- Qué más da, ya no se distinguir nada. Estoy harto de tener que comer esta mierda de comida, daría lo que fuera por unas alitas del fried chicken.
- Yo también, cuando os miro veo pollos asados como en los dibujos animados antiguos.

—Estoy totalmente seguro de que nadie ha escuchado el SOS y nos moriremos aquí de inanición. Ayer no supe ni cuando dejó de temblar la tierra, o quizá era mi cuerpo el que temblaba. Si salgo de aquí, a Dios pongo por testigo que volveré a Irlanda echando chispas.

Ella rió hasta que prácticamente se le saltaron las lágrimas.

—Me encantas Glenn, conservas el humor hasta en el apocalipsis.

A las dos de la tarde comimos la penúltima lata de comida y dormí hasta las cinco de la tarde cuando oímos algo raro encima de nuestras cabezas.

—Creo que se oye algo arriba.

—Ayuda, aquí hay supervivientes. —Gritó Getxa en alto.

Toda la multitud empezó a gritar igual o más alto que el Vasco pero los ruidos cesaron.

—Putá madre, vamos a morir aquí.

En el refugio sólo se oían llantos, algunos ahogados y otros retumbaban por todo el recinto de cincuenta metros cuadrados. Hasta yo me permití derramar alguna que otra lágrima cuando nadie me miró.

Pensé en Vagabundo, mi precioso beagle de dos meses que encontré hace un mes en una caja de cartón. Llovía y lo oí llorar dentro de la caja, la abrí y allí estaba el perrito y decidí apadrinarlo. Odio a la gente que abandona a los cachorros como si fueran chatarra vieja. Esperaba que se hubiera escondido debajo de la cama, este era un lugar seguro.

—Estoy hasta los cojones —gruñó Getxa, con un trozo de madera rompió un ventanuco que estaba tapado de escombros y gritó de nuevo — ¡Estamos aquí! —Y acabó con un sonoro “joder” que se escuchó hasta en Bridgeport.

Después de esa llamada de atención empezamos a oír fuertes pisadas por encima de nuestras cabezas y antes de las doce de la noche nuestros rescatadores nos abrieron las puertas y pudimos ver la luz de la luna oscurecida por grandes columnas de humo procedente de las decenas de incendios que había por toda la ciudad.

— ¿Estáis bien? —Preguntó un muchacho de pelo negro en un pésimo español y me di cuenta que tenía rasgos asiáticos.

—Hay dos heridos pero no es nada grave.

Salieron primero los heridos -el chico de la brecha y el tal Walter- y más tarde todos los demás.

¿Habíamos cambiado de ciudad? No parecía la misma, todo el Drinking Park estaba plagado de escombros, los árboles y los edificios más viejos -o sea sin sistema de balanceo- estaban desparramados por el suelo. Los que no tenían los cristales rotos tenían unas brechas que daban miedo, un soldado japonés nos dio unas mantas térmicas y nos condujo hacia unas carpas dónde repartían comida caliente. No paraba de preguntarnos si nos encontrábamos bien.

Miré hacia el polideportivo y el gimnasio contiguo que estaban derrumbados y parte de los cascotes habían caído encima de la puerta de salida del refugio nuclear, el suelo estaba encharcado de agua y la barandilla del mirador que da al mar había sido arrancada de cuajo por la ola gigante. Volví a escuchar gritos, lloros y a algún niño jugando.

Hace unos meses un políticucho de izquierdas gritaba que el supuesto gran terremoto que iba a suceder en este siglo era una patraña para que los que mandan -de derechas- construyeran algo que nunca íbamos a utilizar porque el próximo gran terremoto iba a ser en Japón y no en Ciudad Central.

Me dieron ganas de partirle su patética cara hasta verlo escupir los dientes y por un momento deseé que estuviera muerto debajo de los escombros y que no hubiera tenido tiempo de entrar en ese "algo que nunca íbamos a utilizar".

El gran terremoto -también llamado big one- llegó con más fuerza de la necesaria.

A lo lejos vi a una chica que me sonaba bastante, vestía una cazadora color grana y tejanos azul oscuro. Sus ojos se iluminaron y corrió hacia a mí con los brazos estirados.

—Dios... mío. —Dije y di un paso.

Corrí hacia ella mientras dejaba que algunas lágrimas bajaran por mis mejillas sin miedo a que me vieran, aunque digan que los hombres no lloran es mentira. No hay nada como dejar escapar lo que sientes, sea lo que sea.

Me abracé a mi pelirroja, Ann O'Hara, la mujer con más carácter de mi familia, cada vez tenía el pelo más rizado y más largo, de cuerpo seguía igual de delgada y guapa, tiene cincuenta años y un corazón muy grande. Ella me miró, sollozó y terminó por llorar.

— ¿Qué haces aquí, loca? —Dije.

—Llamamos a todos los sitios para localizarte pero nadie nos decía nada, no sabíamos dónde estabas. Pensé que... —empezó a llorar contra mi hombro.

— ¡Eh! estoy bien —dije alzándole la cabeza, que guapa era cuando lloraba—, por lo menos estoy de una pieza.

La volví a abrazar y se calmó poco a poco.

—Hace cuatro días cortaron todo lo que estaban echando y dijeron que había sucedido un terremoto en Ciudad Central. Lo vimos todos pegados a la pantalla y llamamos a sitios pero nadie nos decía nada así que decidimos venir para seguir de cerca lo que había pasado.

- ¿Decidimos? —Le pregunté con una ceja levantada.
- ¿Acaso imaginabas que iban a dejarme ir sola? Estás loco.
- ¡Glenn! —Gritó alguien con una voz extremadamente grave.

El tío de la voz grave era mi hermano, Josh, todavía conservaba el pelo rojizo y peinado con gomina hacia arriba, tenía cuerpo de deportista y es el mellizo de Ann por eso apenas se separan. Me giré y me abrazó durante una milésima de segundo.

- ¿Y los demás? —Pregunté al pelirrojo.
- No tienen tantos huevos como nosotros, menuda bronca que tuvimos con Tom.
- Me sé este cuento hasta el final, está aquí ¿verdad? —Comenté con los brazos cruzados.
- Claro, como no. —Contestó Josh moviendo el pie con ímpetu.

Me imaginé a cinco hombres y a dos mujeres llamando a todos los sitios de Gorm domhan preguntando dónde había sido el terremoto y si sabían dónde estaban los habitantes del edificio 26 del Irish Park -como se llama en realidad el Drinking Park-.

Cuando vi a Tom fue como si me hubieran puesto un espejo frente a mí, el reflejo con diez centímetros más -de altura, mal pensados- me abrazó. Sí, tengo un hermano gemelo y somos de los que se llaman idénticos o sea que somos iguales, mismos ojos, misma nariz, misma boca.... Sentí sus manos enguantadas en mi espalda y cerré momentáneamente los ojos.

- Vaya hermanos que tengo, por Dios.
- Yo tuve la idea —protestó Ann—. Todos hemos cogido el metro algún día —sonrió.-
- ¿Cuándo habéis llegado?
- Salimos hace dieciséis horas, acabamos de llegar. Tuvimos que parar en una pista que estaba dónde Dios perdió la piedra del mechero. Creo que el pueblo se llamaba Bullford. —Contestó Tom subiéndose la cremallera del abrigo y moviendo las piernas para paliar el frío glacial que hacía.
- Está lejos, si.
- Mira que nos costó encontraros, gracias al gritón anónimo supimos dónde estabais—explicó el pelirrojo.
- ¿De cuánto fue el terremoto? —Les pregunté.

Desde que había escuchado la radio las noticias no se ponían de acuerdo, unos decían que si había sido un siete superficial, otros que un ocho con cinco, hasta algún periodista con ansias de protagonismo dijo que había sido un diez -cuando esa cifra no existe-, tenía ganas de saberlo.

Ellos se miraron entre sí.

—Nueve con uno, en el mar.

Hice de tripas corazón y aunque no tenía ganas de preguntarlo igualmente la formulé:

— ¿Cuánta gente a muerto?

—En la ciudad creo que van doscientas y porque el terremoto fue en el mar. Creo que en la provincia ya llegan a trescientas.

El asiático me dio un bol de arroz con carne. Le di las gracias en japonés y se fue no sin antes hacer una reverencia.

— ¿Habéis visto algún incendio? —Pregunté.

—Hay muchos repartidos por la ciudad, por el norte, en el barrio italiano....

*

Después de comer, con siete incluido, fui hacia dónde estaban mis hermanos, al llegar estaban Tom y Josh discutiendo dando unos gritos que se podían oír desde kilómetros.

—Repítelo otra vez ¿Qué vas a qué? —gritó Tom con su vocecilla de leprechaun cabreado.

—Voy a escalar el maldito edificio, puede que encuentre algo valioso allí dentro.

—Eso es robar, Josh. —dijo Ann con las manos en la cintura cual madre que acaba de reñir a su hijo.

—Ni de coña vas a subir ahí.... —volvió a gritar mi reflejo apuntando con su dedo al pelirrojo.

—Mira y verás —amenazó Josh.

—Como hermano mayor que soy te digo que no vas a subir y punto —el hombrecillo me miró—. Glenn di algo ¿no?

Me encogí de hombros.

—Baja un poco la voz, tú sabes igual que yo que no nos va a hacer ni puto caso así que haga lo que le salga de los cojones —dije zanjando el tema y porque me estaba hartando.

—Parece que no te importe la familia.

—Mira hermano, clon o lo que seas. Hace cinco años decidí desinteresarme de todo, que Derek se quería ir, se fue a doscientos kilómetros para estudiar, me dijo que no me comprara el piso alto, me compré un treceavo. Ya no es un puto crio, tiene cincuenta tacos y más huevos que todos nosotros juntos.

— ¿Huevos? —Se quedó callado porque sabía que había perdido la batalla dialéctica contra mí— Si pasa algo tendrás que vivir con ello ¿podrás?

—«Poco tiempo tendré que vivir con ello» —pensé y respondí—. Si, podré.

Josh se fue a la parte trasera, se colocó un arnés que le había dejado los bomberos.

- Espera. Busca a un perro, es un beagle pequeño. ¿Sabes lo que es un beagle?
- ... ¿un perro cazador?
- Exactamente, búscalo y bájalo.
- Claro.
- Recuerda, un perro beagle.
- Glenn, no soy gilipollas. Se lo que es un beagle.

Uno de los bomberos le tiró una cuerda desde arriba y empezó a escalar. Mi sombra me miraba como el león mira a una cebra antes de cazarla. Desde abajo sólo veíamos a un hombre escalando un edificio inclinado veinte grados hacia la izquierda. Trepaba como un verdadero profesional, acaricié al suelo para que no se pusiera furioso, no quería ni un simple tres. Cuando estaba por la planta cuarta entró por una ventana rota y ya no supimos de él.

Ese edificio había tenido días mejores, aún recuerdo cuando visité los pisos piloto. Edificio basculante de última generación y de gran calidad. Basculantes mis huevos, los edificios tenían que bailar al compás de la tierra, no se inclinan de mala manera. Pensé en mi casa de Saitama, ochenta años y sigue en pie y en Ciudad Central a los veinte años caen como torres de naipes.

Nos quedamos callados hasta que vimos a Josh salir por la misma ventana cargado con dos maletas, una de ellas parecía mi maleta de oxígeno. Bajó poco a poco hasta tocar tierra.

—Ha venido *Daidí na Nollag* —papá Noel en irlandés

Dejó las cosas en el suelo y entre ellas había un shinai de kendo idéntico al que tenía en mi piso. Y una katana que me había costado dos mil euros. Dentro de su abrigo oí un gruñido.

—Dios mío, lo que me costó encontrar a Vagabundo. Se había escondido debajo de una mesa que estaba sepultada por un estante que contenía cedés y deuedés.

Sacó el perro de su abrigo y lo cogí. Aulló asustado y le abracé.

—No pensaba que te gustaran esas cosas.

—No es una maldita cosa, es un ser vivo —dije con tono enfadado.

—Por cierto te he traído el deuedé de Pulp Fiction, el de caja metálica. También he pillado una beretta y esto....

Sacó una foto dónde estábamos los ocho hermanos con mis padres, el cristal se había roto pero igualmente me hizo ilusión. Le abracé durante una fracción de segundo. Cogí el shinai con las dos manos e hice algunos movimientos.

—Kendo ¿eh? —Comentó con ironía— Yo pensaba que para ti las artes marciales eran de frikis.

Y el kendo de samuráis, me pasó la espada de madera y él cogió la katana enfundada. Allí se libró una batalla por ver quién de los dos era más hombre, la pelea finalizó cuando le ensarté el shinai en la cabeza y lo peor de todo, sin protección.

—Mierda... mierda.

—Creo que necesitas un par de puntos —dije al ver que de su cabeza bajaba una especie de cascada de sangre.

—Estábamos haciendo el idiota joder, no debiste clavarme esa mierda en la cabeza. Soy de cuerpo a cuerpo. ¿Estoy sangrando?

Le di la servilleta que había usado al comer cuando la sangre ya se le veía en la frente, me colgué el shinai en la espalda y fuimos directamente a la carpa del Drinking Park. Entramos a dónde estaban los médicos.

— ¿Un shinai en la cabeza? —rió.

—No te rías, esa mierda hace daño.

El chico se puso unos guantes y le miró la cabeza, puso un poco de betadine en una gasa y se la dio.

—Ponte esto unos segundos, voy a por una sutura.

— ¿Sutura? —preguntó asustado y con la respiración casi cortada, sacó el inhalador de su mochila y dio dos “caladas”.

—Necesitas un par de puntos, y tu —me señaló—, no deberías de jugar con esas cosas.

—Estábamos haciendo el tonto.

—Pues ten más cuidado, esos chismes pueden partir una cabeza como si fuera mantequilla. Es totalmente cierto porque lo he visto con mis propios ojos.

Getxa entró en la carpa corriendo, se le veía demasiado preocupado.

—Acaba de caer el puente que comunica el centro con el Irish Port. Estaban intentando repararlo y ha caído.

Esa era una mala noticia, era como si los puentes de Nueva York cayeran y dejaran a Manhattan incomunicada.

— ¿Y cómo cruzaremos al otro lado de la ciudad? —preguntó Tom.

—No lo sé, hay unos barcos que van de la costa al centro y también está el metro pero no funciona y no va a funcionar hasta dentro de bastante tiempo —contesté mientras unos médicos llevaban a un herido a todo correr.

Un médico le practicaba el boca a boca a al hombre, cuando se cansó lo dejó, rompió la etiqueta de la muñeca y le tapó hasta la cabeza. Eso es la vida, hoy estás y mañana ya no estás.